

TEJEDOR DE SUEÑOS

No existe en la historia de la humanidad, ninguna persona que desde su más temprana edad no haya creado historias o inventado relatos desde la simpleza hasta los más sofisticados.

Somos en esencia creadores de todo lo que nuestra mente es capaz de captar desde lo consciente, pero también desde lo inconsciente. Viajamos a veces sin proponernos hacerlo desde situaciones cotidianas y simples hasta otras más complejas. El cerebro humano se conecta a través de impulsos eléctricos con todo nuestro ser y es capaz de absorber muchísima información. Capta desde nuestra conciencia por medio de nuestros pensamientos, sensaciones y recuerdos, pero también desde nuestro yo inconsciente que está en permanente búsqueda y fluye entonces para cada persona una experiencia única que se conecta con nuestro origen donde los límites no existen. Según la teoría cuántica somos capaces de traspasar los límites del tiempo y el espacio y viajar por el universo porque somos materia, pero también somos energía.

En el sur de Italia, específicamente en Sicilia, a principios del siglo XVIII en la provincia de Siracusa existía un pequeño pueblo que subsistía de una

agricultura muy modesta y rudimentaria y del mar. Había un personaje muy especial que vivía solitariamente en una casa de piedra que había heredado de sus padres y éstos de sus abuelos. Apenas cursó sus primeros años en una escuela rural, se dedicó al oficio familiar del cultivo de aceitunas. Pero lo suyo era contar historias que las hacía propias sin haber experimentado viajes ni tampoco leído demasiados libros. Sus historias atraían a gran cantidad de personas no solamente en su pueblo sino que fuera de su comarca.

Angelo tenía la habilidad y sensibilidad de hacer entretenidos y profundos relatos. Comenzaba siempre con una sonrisa serena, amable con sus ojos claros que traspasaban a cada uno de los oyentes. Luego con voz pausada iniciaba la historia con una calma abismante que lograba conmovier a todos y podía estar horas hablando casi sin ninguna interrupción.

Su gran satisfacción era convocar a una audiencia que por lo general no eran más de veinte y sentir en sus rostros una expresión de profundo interés y comprensión al relato.

Una de sus narrativas más impresionantes era la historia de un niño que había nacido en un pueblo cercano. Tenía ocho años y cada vez que podía, que por cierto era muy a menudo, se escapaba hacia el campo y atravesaba valles y montes hasta llegar a un cerro pedregoso que tenía un

solo árbol en la cima. El árbol era inmenso a los ojos de Luca. Debía tener unos tres metros de diámetro y una altura de quince metros. Tenía un precioso y frondoso follaje verde y su tronco se abría en seis u ocho partes que facilitaba su ascenso sin riesgos hasta sus ramas más altas. Era un castaño milenario de color café oscuro y al verlo provocaba inmediata admiración debido a su belleza y especialmente por la corteza que contenía gran cantidad de pliegues que manifestaban la antigüedad de esta especie única.

Luca subía hasta llegar a una altura media y se sentaba a observar el paisaje lleno de colores verdes y amarillos con un horizonte casi infinito. Sin embargo después de un tiempo de observación hacia su entorno, le empezaron a seducir los detalles del árbol a tal punto que sentía ser parte de él. Sintió que el árbol empezaba a comunicarse con él y percibía en su mente imágenes de un pasado remoto desde los orígenes de sus ancestros. De pronto el viento hizo crujir las ramas y Luca sintió miedo y se bajó lo más rápido que pudo. Luego corrió hasta su casa y se puso a pensar en su extraña experiencia con el árbol.

Esa noche soñó que hablaba muy fluidamente con el árbol y lo sintió como un amigo.

Con el tiempo se hicieron inseparables y cada vez que podía, Luca se arrancaba a compartir con su árbol secreto. Se subía a su rama favorita,

cerraba sus ojos, se concentraba, ponía sus manos en contacto con las hojas y esperaba alguna comunicación.

Una vez las imágenes proyectaron a una mujer mayor que vivía sola y estaba enferma en una casa azul y requería una rápida intervención para poder sanar. Además sintió que debía acudir en su auxilio y poner sus manos muy cerca de su rostro y rezar.

Sin pensar, salió corriendo a su casa y preguntó por una casa azul. Un viejo sentado bajo una sombrilla le señaló la ubicación de una antigua casa azul piedra y partió en su búsqueda.

Tras pasó la puerta y se encontró con una mujer de avanzada edad que yacía sobre una cama sola con los ojos cerrados y un rosario entre sus manos.

Se acercó y puso sus manos sobre su rostro con mucha concentración y apareció la imagen del árbol luminoso. Después de cinco minutos la mujer empezó a moverse y luego a reírse a su lado. Se había sanado por completo de sus padecimientos.

Al día siguiente cuando volvió al árbol, empezó a observar con mayor detalle los contornos de la corteza y en un sector a un metro del suelo pudo divisar una imagen que el reflejo del sol de la tarde delataba nítidamente. El impacto que este descubrimiento provocó en Luca fue tal, que lentamente fue cayendo al suelo de rodillas. La imagen le parecía que empezaba a

cobrar vida y pudo ver destellos de luz y colores hermosos alrededor de una figura de mujer Santa. Pensó en la virgen María, pero no estaba seguro.

Solo cerró sus ojos y oró por más de media hora en la posición que había quedado frente a esa imagen, la imagen de una dama desconocida.

Su mente y alma estaban en trance y pudo en ese estado trascender hacia lo alto donde se produjo un contacto espiritual con quien le confesó que era Santa Rosalía de Palermo.

Santa Rosalía, patrona de Palermo había sido una mujer que tuvo una corta vida en el siglo XII, entre los años 1130 y 1170 y le han sido asignado numerosos milagros especialmente por la extinción de la peste que en aquellos años asolaba a Sicilia.

Desde ese momento, Luca fue otra persona y comenzó a ver la vida desde una nueva perspectiva. Su inspiración después del episodio místico con Santa Rosalía transformó su vida al servicio de los demás. Se transformó en una proyección de los milagros que hacía suyos y comenzó a propagarse por distintos pueblos cercanos a su villorrio. Sus misiones eran diversas y siempre comenzaban en el árbol donde conversaba largamente con su Santa para después iniciar con entusiasmo su itinerario establecido.

De esta manera fue sanando a cientos de personas de los alrededores que padecían diversas enfermedades tanto físicas como mentales.

Con el paso del tiempo empezó a ser visto con admiración por el resto del poblado y la gente lo comenzó a seguir en su peregrinación por los distintos lugares donde pasaba. También comenzó a sentirse un poco acosado cuando le empezaron a preguntar insistentemente de donde provenía el poder que tenía para sanar. Se dio cuenta que no podría seguir mucho tiempo más con esta especie de persecución y llegó a sentirse tan presionado que decidió finalmente ir al árbol para que la Santa le pudiese salvar de este trance.

Fue así como una tarde esperó que no hubiera nadie en los alrededores de su casa y partió súbitamente a la cima del monte donde lograba encontrarse en paz y armonía con su espiritualidad.

Estuvo horas meditando sobre las ramas del árbol hasta comprender que su labor de ayuda estaba llegando a su fin. Así se lo transmitió su “amiga” desde lo alto y era hora de emprender nuevos destinos en su vida.

Comenzó a bajar del árbol y en un instante comprendió con pena pero también con mucha dicha que había cumplido una misión muy importante en su vida que nunca iba a olvidar.

Al terminar de bajar del árbol, dio la vuelta para mirar la imagen de Santa Rosalía y observó que ésta se empezó a diluir lentamente hasta desaparecer por completo.

